

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

EL SISTEMA

DEL DOCTOR GALL.

CUENTO.

(CONCLUSIÓN.)

Confieso francamente, á fuer de castellano viejo, que me da vergüenza, y no poca, de presentar al cabo de una semana al bueno de don Hermógenes tan mal parado de cuerpo como de razon, y si no fuera por el duro compromiso en que me veo de concluir este mal llamado cuento, juro por las barbas de san Rustan que no habia de moler mas los huesos al pobre veterano, y poner su cara en vergüenza, como suele decirse. Fácil en extremo me seria conseguirlo, anunciando á mis lectores que el infeliz habia sucumbido bajo la influencia del arsénico fatal, y que habia sido victima de su entusiasmo por la ciencia; pero seria una triste gracia darles tan funesta noticia de un pobre viviente, que ningun daño les ha causado, y que aunque tonto ó loco era un hombre de bien á carta cabal, (que no se opone lo uno á lo otro:) y ademas, es muy probable que sin su ridicula manía me hubiera visto y me hubiera deseado para hacer este artículo.

Punto en la introduccion; y voy á seguir contando lisa y llanamente lo que ocurrió en casa del veterano desde que tuvo la humorada de morirse para resucitar.

Ante todas cosas debo observar, que lo que él creia un veneno activo no era sino unos polvos insignificantes que le habia dado el cirujano, quien conolido del triste estado de la razon de aquel, quiso seguirle la broma, y saber hasta que punto llevaria el buen oficial su estraña locura. Luego que este, creyendo cercana su muerte, se colocó en el ataud, que era pequeño, recojió lo restante de sus interminables piernas, abrió la boca, y cerró los ojos; al dar

las cuatro muero sin remedio, dijo para su capote. En aquel momento cuatro campanadas de un vestuto reló de pared anunciaron que la hora habia llegado. Ya he muerto, murmuró entre dientes... y cruzó las manos.

Blas, el inocente Blas, que todo lo habia estado observando desde un cuarto inmediato, y que sabia por lo que su maestro le habia dicho, que las cuatro de la tarde era la hora en que irremisiblemente habia de morir, se acercó donde estaba el féretro, y con su acostumbrada estupidez dijo al que creia difunto.—Ha muerto V. ya, señor don Hermógenes?—Ahora mismo acabo de hacerlo, respondió este con aire misterioso, vete y no me interrumpas.—Dios mio! Qué será de mí! Qué será de mis hijos, cuando me case, sin un tio que honraba á toda la familia con su charratera aunque raida!! Y el pobre Blas se mesaba los cabellos, se daba de puñadas en la frente y se arrojaba llorando sobre el cuerpo de don Hermógenes á quien oprimia, estrujaba y magullaba sin compasion. El oficial, á quien un cariño tan enérgicamente expresado, iba causando ya, se mordía los labios de desesperacion al ver que no podia hacer ningun movimiento para repeler á aquel energúmeno que tanto le mortificaba despues de muerto; pero siguiendo Blas con sus ridiculos aspavientos, y con sus no menos ridiculas exclamaciones, escitó de tal modo el áspero é irascible carácter de don Hermógenes, que no pudiendo contenerse, y faltando al decoro y gravedad que debe tener un difunto, le dijo bruscamente.—Calla, bárbaro! ¿No sabes que me has de resucitar?—No; seguia gritando como un becerro su digno discipulo, no! Sinforosa! ven, Sinforosa, verás á tu marido sin vida; ya estás viuda, ya no volverás á comer con él.—A este hombre se le ha aplastado enteramente el órgano del talento, dijo aparte el oficial.

Los descompasados gritos, que daba sin interrupcion el inocente Blas, atrajeron á aquel cuarto á su querida prima, quien asustada vino á saber la causa de tan estraño alboroto.—Qué es esto, Dios mio? dijo

sorprendida al ver un ataúd en aque'la habitación; quien ha muerto en mi casa sin mi conocimiento?—Tu marido, Sinforosa mia, respondió sollozando el pobre paleta.—Quién! Hermógenes! mi querido Hermógenes! y viendo que no respondía, ni que hacía el menor movimiento en el ataúd, le creyó efectivamente muerto.

Aquí esperarán mis leventes otra serie de exclamaciones por el estilo de las del cándido Blas; pues nada de eso. señores míos, aquella mujer recibió la noticia de tan doloroso suceso con una serenidad y un estoicismo dignos de servir de modelo en estos tiempos de tribulaciones que alcanzamos: solo salieron algunas palabras inconexas de sus labios, que probaban lo poco que había sentido tamaña catástrofe.—Pobrecillo!... y era tan frescachón!... pero estaba muy cascado, y luego tan viejo!...—Maldita! exclamó indignado el veterano al ver el poco efecto que había causado su muerte en el ánimo de su mujer.—Dios mío! ha hablado! Si: favor!! favor!! Y la rechoncha Sinforosa corria desalentada por el cuarto para librarse del alma larga y enjuta de su marido, que la perseguía y que miraba en todas partes fea y descarnada, mas fea y descarnada que el cuerpo que la había servido de mansion.

En aquel crítico momento, su amable primo la cojió bruscamente por un brazo, y ella horrorizada creyendo que era su marido, dió un grito de horror.—No te asustes mujer, que soy yo tu primo Blas, tu querido Blas con quien ibas á casarte, si no hubiera sido por ese don Hermógenes, que santa gloria haya.—Al decir estas últimas palabras se quedó un momento pensativo, y como inspirado de una idea repentina exclamó con una voz de trueno: Bruto de mí!... Que no me haya acordado antes!... Y entonces tomando un aire misterioso, y cojiendo lo mas suavemente que pudo la mano de su prima, se acordó de un dramaturgo que había visto representar en su pueblo á unos ridículos farsantes, y la dijo con un tono que la hizo estremecer: espera, Sinforosa, espera y serás vengada.—Ten compasión de mí! Qué vas á hacer?—Resucitar á tu marido.—No!...

Apenas pudo oír Blas esta última palabra de su prima, porque había entrado con la velocidad del rayo en un inmediato gabinete donde acostumbra don Hermógenes á tener sus trebejos de fisica, que mal pudieramos llamarles aparatos. No bien este se hubo quedado solo con su mujer, cuando recordando su equívoca conducta, estuvo á punto de echar al traste el experimento galvánico, y de levantarse para hacer otro de resultados mas positivos sobre las rollizas costillas de la tímida Sinforosa; pero pensándolo mejor, no, murmuró entre dientes, yo debo hacer algun sacrificio por la ciencia; yo debo esperar á que me resuciten, Blas tiene muy desarrollados todos los órganos intelectuales; le he explicado bien el modo con que debe usar del aparato, y no me dejará feo.

En aquel momento se apareció muy ufano el dichoso primo con un trasto harto conocido de todos los que para sus enfermedades no ha sido bastante eficaz el cremor tártaro, por lo que no nos detendremos en describirle.

Apenas vió el oficial la máquina tan importuna

entonces para su resurrección, se puso pálido, y temblaba pareciéndole un sueño cuanto pasaba en torno suyo, porque nunca podia acabar de convencerse, á pesar de estarlo viendo, que Blas, el que todo lo equivocaba, el que á cada palabra decia una sandez, fuese un záfio, teniendo tan pronunciados los órganos del talento y de la sagacidad. Mucha constancia y entusiasmo ha desplegado el veterano en el curso de estas sus peregrinas aventuras, pero nunca necesitó mas de su constancia, de su entusiasmo, para no abandonar de una vez todos sus planes, que al ver que cojiendo su mujer la mano de aquel nuevo Hipócrates le dijo: Qué vas á hacer, querido primo? vas á hacer un milagro sin necesidad. ¿Vas á dar la vida á un hombre que te ha privado de mi mano, y que si vuelve á vivir te priva para siempre de ella, porque estos viejos coscones como no se mueran asi, de afición, son eternos?—Tienes muchísimas razones, Sinforosa de mi alma, pero qué diría él si se quedase muerto?—Qué había de decir si no podría hablar.—Muy bien dicho; vamos á llamar á el señor cura para que te mande enterrar.—Vamos, de camino te preguntaremos si se necesita dispensa para nuestra boda.—Tan pronto!—Qué le hace?

Este fué el golpe fatal que el veterano no pudo sufrir con resignación; montado en cólera, sin acordarse de que estaba muerto, y que por lo tanto debía tener algun mas miramiento á su nueva posición, se levantó frenético del ataúd, y quería salir por las calles en busca de su cara mitad para hacerla saber cuantas son cinco: pero reflexionándolo mejor se volvió á tender, y llorando como un chuquillo decia: infames! no me quieren resucitar, y van á casarse! y van á profanar mis cenizas! y he de verlos!!... Ah! es el horrible tormento á que Dios me destina en castigo de mis muchos pecados. Perdonadme, soberano Criador! mi único crimen imperdonable consiste en no haber acabado antes de mi muerte con la harpia de mi mujer, y en haber confiado mi resurrección á un mostrenco, cuya cabeza indica todo lo contrario de lo que es.

A los pocos momentos de esta cándida interpección entraron su mujer, Blas, y el cura, que preguntando por el muerto se encontró con don Hermógenes vivo y sano; lo cual visto por la amable Sinforosa, dió un agudo chillido que hizo salir á su marido de las profundas meditaciones en que á la sazón se hallaba embebido.—Señor cura, V. por aqui! Es posible que nos hayamos vuelto á encontrar en el infierno, habiendo sido V. durante su vida tan caritativo, tan buen pastor!

El prelado al oír estas últimas palabras no pudo contener una estrepitosa carcajada, y volviéndose á la que le había llevado la noticia del fallecimiento del oficial: qué es esto, la preguntó, señora Sinforosa? Al escuchar este nombre se puso frenético don Hermógenes, y arrojando espumarajos de cólera por la boca decia: Sombra maldita, apartate de mí, y si tienes compasión de un desgraciado, si no tienes el corazón de pedernal, haz que me entierren, que no se puede sufrir ya el hedor que despide mi cadáver, hazlo siquiera por tí, por el tifus que tantos estragos causa, y que indudablemente ha de producir la putrefacción de mi cuerpo.

Pobre don Hermógenes! dijo el cura, y cómo tiene la cabeza, vaya, vaya, esta es enfermedad que no se cura en este pueblo: mañana saldrá para su destino.— Pues qué no ha muerto? preguntó Blas.—No lo estás viendo, majadero?—Bien decía él que yo lo había de resucitar! en cuanto vió la máquina en mis manos...— No se perdería mucho con que tu acompañases al muerto resucitado en su expedición.

El cura se retiró; y habiendo dispuesto anticipadamente todo lo necesario, hizo tomar á don Hermógenes el camino de Zaragoza, en cuyo hospital murió de veras á los pocos días, á causa de que se negaba obstinadamente á tomar ningun alimento, diciendo que un difunto no debe en conciencia comer ni hacer lo que hacen los que no estaban como él en el sepulcro.

Así acabó su vida el entusiasta de las doctrinas del doctor Gall!

A. DE A.

LA DEVOTA DOÑA INES.

Asomada está á la reja
la devota doña Ines,
con el rosario en la mano
y la conciencia en los pies.
Es niña que gasta escrúpulos
hasta en rosas que no vé;
sabe muchas oraciones,
ignora lo que es coser,
y penitencia y ayunos
la tienen como un papel.
Apenas había ejemplar
si por la calle la ven,
que no vaya al jubileo,
al rosario, á san Jines,
ó á echar el último *asperjes*
á alguno que enfermo esté.
Por pascua no canta mas
que las coplas de Belen,
y su poquito de Atala,
por milagro, alguna vez.
Si por dicha la cintura
oprime con el corsé,
y el calzado no es tan amplio
como al fin debiera ser,
no es por afinar el talle
ni llevar pulido el pie;
sino por las tentaciones
continuas de Lucifer,
y por dar martirio al cuerpo,
que al cabo se ha de volver
inmundo polvo; y el alma
al cielo habrá de ascender:
Si alguno estornuda, al punto
«*Jesucristo ayude á usted*»
ó con acento de *kirie*
tambien suele suceder
que encaje el «*Domine tecum*»
y el *domine labia mea*.
No hay que hablarle de consorcios,

de paseos, ni cafés,
de tertulias ni teatros...
¡el cielo nos libre, amen!
porque devota se emperra
y se pone echa un luzbel;
que dice todas las jóvenes,
conforme su parecer,
debieran meterse monjas,
y allá en el claustro aprender
las virtudes, adorando
por siempre al Dios de Israel:
y con todos sus modismos,
y su fervor y su fé,
cuando atisva un mancebito
de gallardo parecer,
dejando á un lado los santos
sus ojos se van tras él.

Si al salir de alguna iglesia
y con ella va también
la anciana mamá, y escucha
por requiebro una sandez,
risueña mira á aquel prójimo
al soslayo, de través,
y luego dice á la madre
¡qué audacia! ¡qué descortés!
¡decir amores al lado
del templo de san Andres!...
y de paso torna el rostro
á ver si viene el doncel.
Delante de su familia
no es Ines, que es santa Ines;
pero á solas en su cuarto
nadie sabe lo que es.
Hay quien dice que la ha visto
hablar por la reja á tres,
y aseguran otras noches
llegaron tanto á ascender
los actos de contrición,
que *sumaron hasta diez*.
Asi amanece tan pálida
la devota doña Ines,
y áborrece tanto al mundo,
porque no ha encontrado en él
suficiente tolerancia
para la mojigatez.

T. R. DE R.

Insertamos con el mayor gusto la siguiente comunicacion que nos ha dirigido nuestro amigo el jóven maestro y compositor don Mariano Soriano Fuertes; y esperamos que no será desatendida la invitacion que hace á los poetas andalucés para llevar á cabo la empresa que ha acometido, y que contribuirá, á no dudarlo, á cimentar su bien adquirida reputacion.

Sres. redactores de la Revista Literaria.

Muy señores míos: Teniendo ya empezado el album de canciones españolas, que con el titulo de *Recuerdos de Andalucía*, voy á poner en música para canto y piano, y darlas á la luz pública en Madrid, (cuyo pensamiento ha sido el principal objeto de mi viaje á estas hermosas provincias) y deseoso de que la poesia de

dicho album sean inspiracion de los hijos del pais; espero de la bondad de vds., que tan amantes y entusiastas se muestran por las glorias de la encantadora Andalucia, que invitarán á la distinguida juventud literaria de esta capital para que coadyuve al objeto de mi empresa, quedando reconocido á vds. su mas atento y s. s. q. ss. mm. b.—*Mariano Soriano Fuertes.*
Córdoba y junio 7 de 1845.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UN COMICO.

(CONTINUACION.)

Pues, señor, nuestro jóven, llevado y metido en las alas de la grata ilusion de los laureles, se ha divorciado con el arte de la zapateria: pues ¡no faltaba mas! ahí que no es nada, comparar los resultados que da un actor con los que da un zapatero. Además, aunque contra la opinion indestructible de su vetusto padre Jacinto, cree que zapateros puede haber muchos pero cómicos no; porque aquello es puramente mecánico, y basta con machacar para aprenderlo, y para ser verdadero artista de declamacion es necesario nacer hecho un génio con todos sus menesteres. Por fin, que hacen el reparto de papeles de la Margarita de Borgoña, de cuyo trabajo, asi como de apuntar ensayos y funcion, se habia encargado un amanuense de una escribania; buscan un local para hacer el teatro, y se encuentran con un refectorio en un ex-convento, actualmente casa de vecindad; y de la misma suerte que en una abundante colmena abeja ninguna deja de tener su ocupacion, desde luego Perico dibuja los telones, Blas junta con cola ó almidon el papel de estraza para los bastidores, Ignacio arregla las tablas para el escenario, uno maele pintura, otro cepilla una tabla; en fin, todos se ocupan de algo, y viene la noche, y esta y todas se hacen ensayos, en que nuestro Juan dirige la funcion, teniendo presente las lecciones de Puchol ó Rafael Yañez. Allí era de ver con que finura de espresion se pronunciaba la *r* en lugar de la *l*, se suprimia la *r* en los infinitivos de los verbos que iban juntos con algun pronombre posesivo, como cuando decian: «bárzamo durze de consuelo y carma» ó como en este ejemplo: «dices afeitando piadades crueles de que tu te gualdas, pero es de quereme.» Por fin el que tuviese empeño de aprender una novísima ortología y ortografía no tenia mas que ir á presenciar los ensayos de la Margarita, hechos por esta taquigráfica compañía. ¡Con qué suavidad y con qué dulzura enamoraba la macarena Margarita á su gitano Buridan! Por último, las grandes acciones que Dumas se habia empeñado en presentar en este drama, estaban tan vivamente representadas por nuestros noveles actores, que Talma, Garrick, Isidoro Maiquez y Kean eran niños de teta comparados con nuestro Juanito, con el barbero, el tocinero y el ayudante de escuela. Este, siquiera como mas entendido en las letras, les decia que debiera pronunciarse Buridan esdrújulo, Leoncio de Bourbonvil y la torre de Nel y los calabozos de la Bestil; todo lo cual era un socorro para aquellos bien aventurados artistas.

Llegó por fin la noche de la funcion. Mirándose con toda intencion; los actores debian descansar todo el dia postridie de las largas fatigas de la representacion; y como era al fin dia festivo, el domingo podian quedarse en la cama hasta las 12, sin miedo de perder el jornal; facilmente pudiera figurarse que la concurrencia era lucida, como quiera estaban muy bien relacionados los egecutores (ciertamente iban á ajusticiar á Margarita); gracias á que yo suelo afeitarme un dia si y otro no, y aquel dia me tocaba de barba, que mi rasurador se habia dignado elevarme á la alta honra de dispensarme un billete para la funcion. (Se continuará.)

Solucion á la charada inserta en la Revista del 25 de mayo.

....«Que á poco que reflexiones
Pronto la duda desatas»....

En efecto: aun no tenia
Concluida tu charada,
Y ya á las mientes me vino
Un lavatorio de marras...

Víctima fui, lo confieso
De excesiva confianza....
Mas esto no importa á nadie,
Y por lo mismo se calla.

Adios, amigo Ramajo,
Si acaso te viene gana,
Piensa, dedica un momento
A la siguiente

CHARADA.

Entre idénticas vocales
Una consonante pon,
Y serán mis dos primeras.
Ahora: entiende su valor.

En la primera el acento
Es una cosa veloz
Que se ejercita en el aire,
Y no es bruja, ni vapor.

En la segunda es un nombre
Apelativo, que á Dios
Suele darle propiamente
Quien jamás le conoció.

Son mi segunda y tercera
Iguales ambas á dos;
Con ellas no temo al flato,
Ni al desmayo, ni á la tos.

Trabaja en ellas la fé,
Tienen significacion,
Y á ellas debieron los hombres
Quizá un singular favor.

Cosa que sirve á cualquiera
Mi segunda y cuarta son,
Al militar, al ministro,
Al rey, al papa, al pastor.

Y el todo es cuerpo de guardia,
Es reten, es prevencion,
Es cuartel de conveniencias,
Es tienda, y es provision.—G. G. M.